

Dossier: XV Jornadas sobre la Enseñanza de la Filosofía - Coloquio Internacional 2008

*El idiota de Nicolás de Cusa:
Acerca de la posibilidad de un saber ignorante¹*

Claudia D'Amico²

En el sugestivo libro aparecido en 1991 *¿Qué es la filosofía?* Gilles Deleuze y Félix Guattari definen la filosofía como creación de conceptos. Añaden asimismo que esos nuevos conceptos necesitan personajes conceptuales que contribuyan a definirlos. No son muchas las veces que se asiste a la creación de un concepto. Un ejemplo recurrente es el *cogito* cartesiano: ¿por qué es verdaderamente una creación? En primer lugar porque no supone otros conceptos pero, sin embargo, es comprensible porque está sostenido por una imagen presupuesta: todo el mundo sabe qué significa pensar. Con todo, sostienen los autores, “hay algo a medio camino entre el plano del concepto y el plano preconceptual, que va de uno a otro” (DELEUZE; GUATTARI, 1993, p 63-ss). Es el personaje conceptual. En el caso del

cogito, sostienen los autores, se trata del Idiota: él es quien dice Yo, él es quien lanza el *cogito*... El Idiota es el pensador privado por oposición al profesor público, el profesor universitario.

Mientras que el profesor público remite a otros conceptos para explicar un concepto, el pensador privado forma un concepto con su propia fuerza natural. Al indagar por los antecedentes de este idiota solitario de Descartes, Deleuze y Guattari se preguntan si acaso el idiota de Nicolás de Cusa no sea un precedente directo del cartesiano en el sentido de haber sido concebido como personaje conceptual.

La referencia fugaz al Cusano, filósofo de la primera mitad del siglo XV, no es aleatoria. Una de las principales obras de Nicolás de Cusa se denomina precisamente *Idiota*. Escrita en 1450, esta obra incluye cuatro diálogos cuyo personaje principal es precisamente denominado así.

“Idiota” es un término latino utilizado en la Edad Media para mencionar al ignorante, al iletrado: San Francisco dice de sí mismo y con cierto orgullo ser “idiota”. Precisamente el personaje del iletrado se opone en el diálogo a sucesivos interlocutores sumamente letrados: un orador, un filósofo y un mecánico o científico.

En las primeras líneas del texto, cuando se produce el encuentro con el orador, hay algunas palabras del idiota que recuerdan al sabio socrático: “Ésta es, quizá, la diferencia entre tú y yo: tú te juzgas conocedor no siéndolo; de allí que te ensoberbezcas. Yo, en cambio, me reconozco ignorante... En esto quizá, soy más docto” (De sap.I, n.4).³

Sin embargo, el carácter “docto” de la ignorancia no hace alusión meramente a la conciencia de no saber, sino más bien a la posibilidad de hacer de esto una doctrina: plantear la posibilidad de construir una *scientia ignorantis*. De este modo, pregunta el orador: “¿De qué modo puedes ser conducido a la ciencia de tu ignorancia siendo que eres ignorante?” (Ibidem)

El ignorante responde:

“No por tus libros sino por los libros de Dios” y continúa el diálogo: Or:
¿Cuáles son ellos?

Ig: Los que ha escrito con su dedo.

Or: ¿dónde se encuentran?

Ig: Por doquier.

Or: Por lo tanto ¿también en este mercado?

Ig: Por supuesto, la sabiduría grita en la plaza pública.” (Ibidem)

Como puede advertirse, el ignorante opone el saber profesional o libresco al saber que se obtiene por propia fuerza natural. La naturalidad del conocimiento, acerca mucho nuestro

idiota al personaje conceptual de la meditación cartesiana.

De inmediato, ambos participantes del diálogo se dirigen al mercado donde el ignorante conducirá a su interlocutor a la observación de las operaciones que allí se realizan: se cuentan los alimentos, se mide el aceite, se pesan los granos ¿pero cuál es el principio de todas esas operaciones?, ¿cuál es el principio del numerar, el medir y el pesar? En otros términos, cuál es el principio de toda proporción posible.

El principio buscado es aquello por lo cual, en lo cual y a partir de lo cual todo lo numerado es numerable, lo medido medible, lo pesado pesable. Sin embargo, por el hecho de ser principio, él mismo debe ser no numerable, no medible, no pesable. *El principio de toda proporción debe ser él mismo improporcionable* (De sap. I, n. 8-9).

Por otra parte, para ser auténticamente principio, sostiene el idiota, debe contener o complicar todo lo proporcionable: lo máximamente proporcionable y lo mínimamente proporcionable coincidirán en el principio improporcionable. Dicho de otro modo, *en el principio de toda operación de la mente humana los opuestos coinciden*.

Encontramos en este diálogo en un lenguaje sencillo, los mismos tópicos doctrinales presentados en la primera gran obra metafísica de Nicolás de Cusa, *La docta ignorancia*, publicada diez años antes.

En primer lugar, aparece una noción de conocimiento ligada a la de proporción (*proportio*) como actividad propia de la razón (*ratio*). El conocimiento racional es proporcional en tanto consiste, para Nicolás de Cusa, en medir una cosa con otra.⁴ Para que la proporción sea posible es necesario que haya identidad y alteridad, vale decir algo común y algo diverso, por esta razón concluye Nicolás de Cusa reivindicando a Pitágoras, la mente humana no puede conocer sin el número compuesto simultáneamente de identidad y alteridad: en todo número reside la unidad sin embargo en todos se presenta de modo diferente.⁵

La operación de la razón por la cual nos es posible conocer se rige por el principio de no contradicción aristotélico, que sostiene que algo no puede ser y no ser al mismo tiempo, o bien que si una proposición es verdadera, su contradictoria es falsa.

Ahora bien, este conocimiento parece ser apropiado en la instancia del operar racional pero deberá ser superado en la búsqueda del principio de este operar. En efecto, si conocer es establecer proporciones, cuando se busca lo improporcionable debe superarse la actividad de la proporción, es decir debe trascenderse la actividad racional. Todavía más: para el Cusano si tal principio improporcionable es coincidencia de opuestos, el saber acerca de tal principio no puede estar regido por el principio de no contradicción aristotélico que repugna que los

contradictorios coincidan. Por tanto, la facultad que se permite pensar los opuestos en coincidencia no puede ser la razón. El saber acerca del principio debe declararse ignorante si entendemos por conocimiento el proporcionar racional.

6

Ahora bien, si trasladamos esto a la búsqueda del principio de todas las cosas, vale decir al principio absoluto cuanta más ignorancia deberíamos declarar.

Una vez sentado que no es posible conocer lo absoluto, los caminos que se abren ante nosotros son diversos: se puede seguir la vía del escepticismo, se puede callar, se puede optar por la fe, se puede procurar una unión mística.

Pero ninguno de éstos es el camino cusano, sino que lo que Nicolás de Cusa propone es crear un nuevo tipo de especulación que ofrezca un nuevo tipo de saber. Así dice en *Acerca de la docta ignorancia*: “Pues nada podrá más perfectamente acaecerle al hombre que esté sumamente interesado en la doctrina, que se descubra doctísimo en la misma ignorancia que le es propia. Y uno será tanto más docto, cuanto se sepa a sí mismo más ignorante” (De doct. Ign. I, n. 4).

En el diálogo aludido el idiota, aquel que construye la doctrina ignorante, le propone al orador “alcanzar lo inalcanzable inalcanzablemente” (*atingere inatingibile inatingibiliter*) (De sap. I, n 7). Reparemos en la fórmula: se trata de un “alcanzar”, lo cual nos libra del escepticismo, alcanzar lo que ya se sabe inalcanzable por la vía de la razón, por este motivo requiere un modo peculiar de acceso: el modo inalcanzable o ignorante. Y el modo ignorante no es irracional en cuanto negación de la razón, sino que es aquel por el cual la razón se supera a sí misma en busca de su principio, el intelecto (*intellectus*). La distinción entre *ratio* e *intellectus* es común a muchos pensadores medievales, sin embargo el intelecto cusano tiene la virtud inédita de ser capaz de pensar la coincidencia de opuestos. Quisiera llamar la atención sobre este aspecto positivo de la ignorancia. Para Nicolás de Cusa, *la ignorancia es un tipo de saber*, un tipo de doctrina intelectual. Un saber que no se rige por la proporción, porque la índole de aquello que deseamos conocer –lo absoluto– es improporcionable. Un saber en el cual pensar los opuestos en coincidencia es posible por tanto debe recurrir a otro lenguaje, un lenguaje que acepte fórmulas paradójales o bien que construya símbolos, como los matemáticos que permitan superar la lógica racional de lo finito. El número deberá ceder su lugar a las figuras geométricas, las cuales pensadas infinitamente pueden hacernos intuir intelectualmente la coincidencia de opuestos: ¿o acaso un círculo cuya circunferencia es infinita no coincide con su tangente?, ¿o extendiendo infinitamente los lados de un triángulo ellos no coinciden con una línea recta infinita?⁷

La ignorancia debe pensar lo absoluto trascendiendo la fuerza propia de los vocablos que se oponen unos a otros, debe trascender las figuras pensadas con magnitud, hacia su visión en lo infinito. Bastará que piense en profundidad el sentido de absoluto para que se le revele más allá de toda oposición. Precisamente, el verbo latino “*absolvere*” significa desvincular, el adjetivo “*absolutus*” es, pues, desvinculado, aquello que carece de toda relación o de todo respecto-a. A lo que carece de toda relación, nada se le opone. Así pues, nada puede darse por fuera de él, todo debe estar en él comprendido sin presentarle ninguna oposición. Si lo absoluto, tal como lo define el Cusano, es “aquello mayor que lo cual nada puede haber” --y esta fórmula podría ser suscripta por cualquier pensador medieval--, no puede oponerse a “aquello menor que lo cual nada puede haber”. Es decir, si lo absoluto es absoluto, en él los opuestos coinciden.

Acaso nos hallemos aquí ante la creación de un concepto: el de *coincidentia oppositorum*, presentado a través de un personaje conceptual, el idiota. El idiota cusano es el pensador no profesional, alejado por completo de las estructuras del saber escolástico, sin embargo debe destacarse que tal personaje reviste ciertas características del filósofo clásico.

En primer lugar, considera la búsqueda de la verdad como un *deseo universal*: todos los hombres desean por naturaleza conocer. Aquello que se desea conocer es la verdad en sentido absoluto. Se desea conocer el principio infinito de todas las cosas. Y si por definición lo infinito absoluto es inalcanzable, como el deseo en nosotros no puede ser vano -- recordemos que para un pensador cristiano lo que nos es natural, lo es por designio divino-- lo que deseamos saber es que nosotros ignoramos y hemos de hacer con esta ignorancia una doctrina.

Pero hay un segundo aspecto, para todo pensador clásico sea pagano o de alguna de las religiones llamadas del Libro, la búsqueda de la verdad implica una *prâxis*; es decir, un esfuerzo. Ese esfuerzo está destinado a operar una modificación en el sujeto que lo realiza, lo que Pierre Hadot ha llamado un “ejercicio espiritual”. En el mundo clásico, en especial tardo-antiguo y medieval, se trataba muchas veces de prácticas de orden físico, como la abstinencia sexual o de alimento, o prácticas discursivas como el diálogo y la meditación, o incluso prácticas contemplativas. Pero asimismo, era considerado un ejercicio espiritual la propia enseñanza del maestro de filosofía.

Más allá de la transmisión de una serie de contenidos, la enseñanza de la filosofía puede tomar la forma de un ejercicio espiritual en la medida en que se la considere destinada a operar una transformación interior en el que escucha.⁸ El idiota, el sabio ignorante cusano,

toma la forma de este maestro de filosofía que busca un cambio en su interlocutor. Él sabe que no posee la verdad para revelarla sin más al orador, no expone ante él el saber consolidado a través de siglos de pensamiento filosófico o de *sapientia christiana*, sólo lo conduce al mercado, a la plaza pública, donde la sabiduría grita para todo aquel que se ejercite en su búsqueda y esté dispuesto a ser transformado.

Referencias bibliográficas

DE CUSA, Nicolás. *Nicolás de Cusa: un ignorante discurre acerca de la sabiduría (Idiota. De sapientia)*. Introducción, traducción y notas J.M.Machetta-C.D'Amico, BuenosAires, Eudeba, 1999).

DELEUZE, G.; GUATTARI, F. *¿Qué es la filosofía?* Barcelona: Anagrama, 1993.

FOUCAULT, M. *Le souci de soi*, Paris: Gallimard, 1984.

HADOT, P. *Ejercicios espirituales y filosofía antigua*. Madrid: Siruela, 2006.

adrid: Siruela, 2006.

¹ Conferencia impartida durante las *XV Jornadas sobre la Enseñanza de la Filosofía – Coloquio Internacional*, Universidad de Buenos Aires, octubre de 2008.

² Profesora de la Universidad Nacional de la Plata y de la Universidad de Buenos Aires (UNLP-UBA/CONICET). E-mail: claudiadamico@yahoo.com.ar

³ Las citas se realizan de acuerdo a la edición bilingüe *Nicolás de Cusa: un ignorante discurre acerca de la sabiduría (Idiota. De sapientia)*. Introducción, traducción y notas J.M.Machetta-C.D'Amico, BuenosAires, Eudeba, 1999).

⁴ La noción de conocimiento de la cual parte Nicolás de Cusa para fundar su noción de “docta ignorancia” se encuentra en el primer capítulo de la obra: “...toda investigación es comparativa aplicando el instrumento de la proporción” (De doct.ign. I, n.2). La citas se realizan de acuerdo a la edición bilingüe: *Nicolás de Cusa, Acerca de la docta ignorancia. Libro I: Lo máximo absoluto*. Introducción, traducción y notas J.M. Machetta – C.D'Amico, Buenos Aires, Biblos, 2003.

⁵ De doct.ign. I, n.3: “Por su parte la proporción, dado que implica la conveniencia en algo uno y simultáneamente también la alteridad, no puede ser entendida sin el número. Por lo tanto, el número incluye todas las cosas proporcionables. De aquí que el número no es el que realiza la proporción únicamente respecto de la cantidad, sino en todas las cosas que de alguna manera, sea substancial sea accidentalmente pueden convenir y diferir. Quizá por esto Pitágoras consideraba que todas las cosas son constituidas y entendidas por la fuerza propia de los números”.

⁶ De doct.ign. I, n. 12: “Porque, en consecuencia, lo absolutamente máximo es absolutamente en acto todo lo que puede ser sin oposición alguna, de tal manera que en lo máximo coincida lo mínimo; entonces está sobre toda afirmación y de la misma manera también sobre toda negación. Y todo aquello que se concibe que es, no es más es que no-es. Y todo aquello que se concibe que no es, no es más no-es que es”.

⁷ Sobre el uso enigmático de las figuras geométricas Cf. De doct. Ign. I, caps. XI y ss.

⁸ El artículo de Pierre Hadot “Ejercicios espirituales y filosofía antigua”, publicado en 1977 influyó notablemente en la idea “cultura de sí mismo” de Michel Foucault (Cf. M. Foucault: *Le souci de soi*,

Paris, 1984, p.57) P. Hadot retoma este tema e incluso el diálogo con Foucault en *Exercices spirituels et philosophie antique*, Paris, 1993 (ed. castellana: *Ejercicios espirituales y filosofía antigua*, Madrid, Siruela, 2006).